

□ Tiempo de lectura: 7 min.

Giuseppe Buzzetti, un joven albañil fascinado por Don Bosco, fue uno de los primeros y más fieles colaboradores del Oratorio. Un grave accidente le impidió ser sacerdote, pero dedicó toda su vida al servicio de los jóvenes y de la obra salesiana, desempeñando tareas humildes y decisivas: administración, catequesis, asistencia, organización de las tómbolas y el cuidado diario de la casa. Al sentir el Oratorio como una familia, atravesó una crisis cuando la Congregación se estructuró y temió ser marginado. La caridad de Don Bosco lo retuvo definitivamente. De esta experiencia maduró la figura del «coadjutor» salesiano. En 1877, Buzzetti ingresó oficialmente en la Sociedad Salesiana, permaneciendo hasta su muerte como ejemplo de dedicación silenciosa y total.

Porque nunca abandonó a nadie.

«¿Qué haces en el Oratorio?»

Nacido en Caronno Ghiringhello (Milán, Italia) el 7 de febrero de 1832; profesó en 1877; murió en Lanzo el 13 de julio de 1892.

Giuseppe Buzzetti era uno de los muchos muchachos que acudían a Turín para trabajar como peones de albañil en busca de mejor fortuna. Tuvo la suerte de encontrar pronto a Don Bosco, por quien quedó tan fascinado que asistía asiduamente a sus reuniones festivas durante el período del Oratorio ambulante. Continuó así hasta 1847, cuando, invitado por el Santo, emprendió con tres compañeros los estudios para ser sacerdote; pero la Providencia dispuso otra cosa.

La Congregación había nacido. Don Bosco sintió una gran alegría por ello. Pero creo que aquel día una arruga de melancolía le quedó en el fondo del alma: entre los diecisiete que habían aceptado no estaba su queridísimo Giuseppe Buzzetti.

Manejando una pistola (para defender los objetos expuestos en la primera tómbola)

había sufrido un grave accidente: tuvieron que amputarle el dedo índice de la mano izquierda. Esto, en aquella época, se consideraba un impedimento serio para ser sacerdote. El accidente, «unido a la humildad», observa Don Lemoyne, había persuadido a Buzzetti a renunciar al hábito clerical.

Pero dedicaba cada hora de su día a «su» Don Bosco y al oratorio. Se encargaba del mantenimiento de la casa —enumera Don Lemoyne—, asistía en el refectorio, ponía las mesas, se ocupaba de la limpieza, daba clases de catecismo, llevaba la administración y se encargaba del envío de las Lecturas Católicas. También dirigió la escuela de canto hasta 1860, cuando se la cedió a Giovanni Cagliero. «Con su mente perspicaz y su pronta actividad era el alma de todas las tómbolas, buscaba trabajo para los talleres, encargaba el pan y se ocupaba de las compras».

Sentía el oratorio como carne de su carne. Cuando se derrumbó el edificio casi terminado, había examinado con minuciosidad las facturas. Había encontrado pedidos de material de mala calidad y se había enfrentado al contratista con duras palabras. El propio Don Bosco tuvo que calmarlo:

— Debemos tener paciencia. Verás que el Señor nos ayudará.

— ¡Sí, sí, nos ayudará! Pero mientras tanto, usted vela, trabaja día y noche para conseguir unos cientos de liras, y estos le roban miles en un momento. Habría que darles una lección contundente.

— Dejémoslo estar. Si se la merecen, se la dará el Señor.

Buzzetti (continúa Lemoyne, de quien hemos tomado el diálogo) hacía de guardaespaldas de Don Bosco, acompañándolo cuando se temía algún peligro, y salía a su encuentro por la noche. Su figura vigorosa, su espesísima barba roja, quitaron a varios malintencionados las ganas de atacar al sacerdote de Valdocco.

Sus hermanos albañiles (Carlo se había convertido en un excelente maestro de obras) le dijeron varias veces: «Si no quieres hacerte sacerdote, ¿qué haces en el oratorio? Si Don Bosco muriera, sin ningún oficio en tus manos, ¿cómo te las arreglarías?».

Y él respondía: «Don Bosco me ha garantizado que incluso después de su muerte, siempre habrá un trozo de pan para mí. Para mí, así está bien».

Y sin embargo, este joven (en 1859 tenía 27 años) que habría dado la vida por Don

Bosco, no se sentía capaz de hacer los votos, de convertirse en salesiano.

El primer «laico» admitido en la Sociedad Salesiana fue Giuseppe Rossi. El «capítulo de la Sociedad Salesiana» se reunió para decidir su admisión el 2 de febrero de 1860. Con Rossi, la palabra «coadjutor» hizo su aparición en el vocabulario de la Congregación, con el significado de «salesiano laico».

La crisis de Giuseppe Buzzetti

El 14 de mayo de 1862 marcó una nueva etapa en la consolidación de la Sociedad Salesiana. Reunidos en la habitual habitación de Don Bosco, los «hermanos», respondiendo a la invitación de Don Bosco, «prometieron a Dios observar las Reglas haciendo voto de pobreza, castidad y obediencia por tres años». Eran veintidós, sin contar al fundador.

Don Bosco, al terminar, dijo: «Mientras vosotros me hacíais a mí estos votos, yo también se los hacía a este Crucifijo por toda mi vida, ofreciéndome en sacrificio al Señor».

En el grupo de los veintidós formaban parte otros dos laicos, muy diferentes entre sí. El primero, Giuseppe Gaia, sería durante muchos años cocinero en el oratorio. El segundo, Federico Oreglia di S. Stefano, pertenecía a la aristocracia turinesa. Don Bosco lo había conquistado durante un curso de Ejercicios Espirituales, haciéndole cerrar un período de «vida aventurera y galante». Durante nueve años prestaría muchos servicios al oratorio, y luego entraría en los Jesuitas.

Una tentación fácil, en los años que siguieron y que vieron a otros laicos unirse a la Congregación, era la de considerar a los no sacerdotes y clérigos como «sirvientes» de la casa, o al menos como «categoría de segundo orden».

Probablemente en este contexto nació la «crisis» de Giuseppe Buzzetti. Se narra en el quinto volumen de las Memorias Biográficas, del que resumimos.

Él intuía que la antigua vida patriarcal de familia sería modificada por los reglamentos; veía poco a poco pasar a manos de los clérigos la dirección de la casa, las tareas que antes se le confiaban a él. La melancolía y el desánimo lo decidieron a marcharse. Encontró un trabajo en Turín y fue a despedirse de Don Bosco. Con su habitual franqueza le dijo que se estaba convirtiendo en la última rueda del carro,

que tenía que obedecer a aquellos que había visto llegar de niños, a los que había enseñado a sonarse la nariz. Manifestó su gran tristeza por tener que dejar aquella casa que había visto crecer desde los días del cobertizo.

Don Bosco no le dijo: «Me dejas solo. ¿Qué haré sin ti?». No se compadeció de sí mismo. Pensó en él, en su amigo más querido: «¿Ya has encontrado un puesto? ¿Te darán un buen sueldo? No tienes dinero, y ciertamente lo necesitarás para los primeros gastos». Abrió los cajones del escritorio: «Tú conoces estos cajones mejor que yo. Coge todo lo que necesites, y si no es suficiente, dime lo que te hace falta y te lo conseguiré. No quiero, Giuseppe, que tengas que pasar alguna privación por mi culpa». Luego lo miró con ese amor que solo él tenía por sus muchachos: «Siempre nos hemos querido mucho. Y espero que nunca me olvides».

Entonces Buzzetti rompió a llorar. Lloró largo rato y dijo: «No, no quiero dejar a Don Bosco. Me quedaré siempre con usted».

El «coadjutor» que Don Bosco llevaba en el corazón

Quizás fue este acontecimiento el que estimuló a Don Bosco a definir mejor la figura del salesiano laico, del «coadjutor» en la Congregación Salesiana.

31 de marzo de 1876. En unas «buenas noches» reservadas a los artesanos, indicó en qué consistía la vocación del salesiano laico: «Fijaos que entre los miembros de la Congregación no hay distinción alguna; todos son tratados de la misma manera, artesanos, clérigos y sacerdotes; todos nos consideramos hermanos».

En 1877, Giuseppe Buzzetti se decidió a solicitar su ingreso en la Sociedad Salesiana. Su solicitud la quiso presentar el propio Don Bosco al «Capítulo Superior», constituido casi en su totalidad por aquellos muchachitos a los que Giuseppe «había enseñado a sonarse la nariz». Fue aceptado por unanimidad, y creo que aquel fue uno de los días más íntimamente hermosos para Don Bosco.

Muchos otros «coadyutores» formaban ya parte de la Sociedad Salesiana con funciones muy variadas: Pelazza y Gambino eran directores de talleres; Marcello Rossi era portero; Nasi, enfermero; Giuseppe Rossi, administrador; Enria, factótum; Falco y Ruffato, cocineros. Pero todos «coadyuvaban al sacerdote» con responsabilidades apostólicas: enseñaban catecismo, eran asistentes y educadores.

La «tentación», de la que hablábamos antes, volvió en los últimos años de la vida de Don Bosco. En el tercer «Capítulo General» de la Congregación, celebrado en 1883, alguien dijo: «Hay que mantener a los coadjutores en un nivel inferior, formar para ellos una categoría distinta». Don Bosco reaccionó con viveza: «No, no, no. Los hermanos coadjutores son como todos los demás». Y hablando ese mismo año a los salesianos laicos, afirmaba con fuerza: «Vosotros no debéis ser quienes trabajan directamente o se fatigan, sino quienes dirigen. Debéis ser como dueños sobre los demás obreros, no como siervos... Esta es la idea del coadjutor salesiano. ¡Tengo tanta necesidad de tener a muchos que vengan a ayudarme de este modo! Por eso estoy contento de que tengáis ropa adecuada y limpia; que tengáis camas y celdas convenientes, porque no debéis ser siervos sino dueños, no súbditos sino superiores».

Pietro Braidó, estudioso del problema, afirma: «La figura del coadjutor (en la mente de Don Bosco) no surgió de repente como una creación totalmente nueva y original, sino que emergió gradualmente, entre oscilaciones e incertidumbres».

Nosotros nos atrevemos a afirmar que quizás la «figura ideal» del coadjutor que Don Bosco llevó en su corazón durante tantos años fue la de Giuseppe Buzzetti: de total confianza, humilde, siempre presente en los momentos difíciles y delicados, que sentía el oratorio como su familia, carne viva de su vida, que se sentía realizado porque «su familia» se realizaba, que no entendía mucho de asuntos jurídicos pero que a toda costa «quería estar con Don Bosco».

Y sin embargo, este hombre, que habría dado la vida por Don Bosco y que amaba su obra con intenso amor, no se consideraba digno de ser salesiano.

Finalmente, en 1877 se decidió a presentar la solicitud para ser inscrito en la Sociedad, a la que ya pertenecía en espíritu, si no de nombre. El propio Don Bosco quiso proponer su solicitud al Consejo Superior, que acogió por unanimidad al más antiguo de los asistentes vivos del oratorio.

Realmente no tuvo que cambiar nada en su forma de vida. Desde hacía casi cuarenta años, el Oratorio era todo su mundo, la vida del oratorio toda su vida y la Congregación Salesiana su ideal en esta tierra. Después de la muerte de Don Bosco vivió aún tres años y medio; pero se diría que su misión en esta tierra había terminado. Al agravarse notablemente sus problemas de salud, aceptó con gusto ir a Lanzo. Pasaba allí sus días en oración.

Una tranquilidad perfecta reinaba en su espíritu, una calma inalterable lo acompañó en su lecho de dolor hasta el último día.